

La Santa Biblia

Filipenses

Versión de Mons. Juan Straubinger

*Libro 57 de la Biblia
Catequesis del Papa sobre el Capítulo 2*

Carta de San Pablo a los Filipenses

Capítulo 1

Salutación apostólica

¹*Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos con los obispos y diáconos: ²gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Amor de Pablo a los filipenses

³Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, ⁴y ruego siempre con gozo por todos vosotros en todas mis oraciones, ⁵a causa de vuestra participación en el Evangelio, desde el primer día hasta ahora. ⁶*Tengo la firme confianza de que Aquel que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús. ⁷Y es justo que yo piense así de todos vosotros, por cuanto os llevo en el corazón; pues tanto en mis prisiones como en la defensa y confirmación del Evangelio todos vosotros sois partícipes de mi gracia. ⁸Porque testigo me es Dios de mi anhelo por todos vosotros en las entrañas de Cristo Jesús. ⁹Lo que pido en mi oración es que vuestro amor abunde más y más en conocimiento y en todo discernimiento, ¹⁰para que sepáis apreciar lo mejor y seáis puros e irreprochables hasta el día de Cristo, ¹¹llenos de frutos de justicia, por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

Progreso del Evangelio

¹²Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado en mayor progreso del Evangelio, ¹³*de tal manera que se ha hecho notorio, en todo el pretorio y entre todos los demás, que llevo mis cadenas por Cristo. ¹⁴Y los más de mis hermanos en el Señor, cobrando ánimo con mis prisiones, tienen mayor intrepidez en anunciar sin temor la Palabra de Dios. ¹⁵Algunos, es cierto, predicán a Cristo por envidia y rivalidad, más otros con

* 1. La cristiandad de *Filippos*, ciudad principal de Macedonia, y primicias de la predicación de San Pablo en Europa, había enviado una pequeña subvención para aliviar la vida del Apóstol durante su prisión en Roma. Conmovido por el gran cariño de sus hijos en Cristo, el Apóstol, desde lo que él llama sus cadenas por el Evangelio, les manda una carta de agradecimiento, que es, a la vez, un modelo y un testimonio de la ternura con que abrazaba a cada una de las Iglesias por él fundadas. La Epístola fue escrita en Roma hacia el año 63.

* 6. *El día de Cristo Jesús*: el día del juicio en su segunda Venida. Cf. versículo 10; 3, 20; Mateo 7, 22; Romanos 2, 5; I Corintios 3, 13; II Corintios 1, 14, etc.

* 13. *El Pretorio*: El lugar donde el Apóstol estaba internado en un aposento, junto a los soldados de la guardia de Nerón. Allí, en Roma, no perdía ocasión para dar a conocer las maravillas de Jesucristo. Véase Hechos de los Apóstoles 28, 23 s. y notas.

buena intención; ¹⁶unos por amor, sabiendo que estoy constituido para la defensa del Evangelio, ^{17*}más otros predicán a Cristo por emulación, no con recta intención, ya que creen causar tribulación a mis cadenas. ¹⁸¿Mas qué? De todas maneras, sea con pretexto, sea con verdad, es predicado Cristo. En esto me regocijo y no dejaré de regocijarme. ¹⁹Porque sé que esto resultará en mi provecho gracias a vuestra oración y a la asistencia del Espíritu de Jesucristo, ²⁰según mi firme expectación y esperanza de que en nada seré confundido; sino que, con toda libertad, ahora lo mismo que siempre, Cristo será enaltecido en mi cuerpo, sea por vida, o por muerte.

Esperanza del apóstol

²¹Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia. ^{22*}Mas si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger. ²³Estrechado estoy por ambos lados: tengo deseo de morir y estar con Cristo, lo cual sería mucho mejor; ²⁴por otra parte el quedarme en la carne es más necesario por vosotros. ^{25*}Persuadido de esto ya sé que me quedaré y permaneceré para todos vosotros, para vuestro provecho y gozo en la fe, ²⁶a fin de que abunde vuestra gloria en Cristo Jesús, a causa mía, con motivo de mi reaparición entre vosotros.

²⁷Sólo que vuestra manera de vivir sea digna del Evangelio de Cristo; para que, sea que yo vaya y os vea, o que me quede ausente, oiga decir de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu y lucháis juntamente, con una misma alma, por la fe del Evangelio, ²⁸sin amedrentaros por nada ante los adversarios, lo cual es para ellos señal de perdición, más para vosotros de salvación, y esto por favor de Dios. ^{29*}Porque os ha sido otorgado, por la gracia de Cristo, no sólo el creer en Él, sino también el padecer por la causa de Él, ³⁰teniendo la misma lucha que visteis en mí y ahora oís que sufro.

* 17 s. La envidia se infiltra aún en las cosas santas y despierta la rivalidad entre los ministros de Dios. Aunque otros se habrían desalentado por ese triste fenómeno, San Pablo muestra su espíritu sobrenatural prescindiendo de todo lo humano y alegrándose con tal que se predique el Evangelio de Cristo (versículo 18). Cf. Marcos 9, 38; Números 11, 29.

* 22. Si me es útil vivir para que muchos se conviertan a Jesucristo, no sé a la verdad qué partido tomar, si el de vivir o el de morir. Para mí sería mucho mejor el morir, porque me uniría con Cristo; mas el permanecer en esta carne mortal es más necesario para vuestra salud y la de todos los fieles. De estas dos cosas desea la una el Apóstol ardientemente, y sufre la otra por amor a sus hermanos (Santo Tomás). Véase Hebreos 9, 27; II Corintios 5, 8; I Tesalonicenses 5, 10; II Timoteo 4, 6-8, de donde se deduce la inmediata visión beatífica de las almas justificadas, aun antes de la resurrección de los cuerpos, como lo definió el Concilio de Florencia.

* 25. Se trata de la primera prisión de San Pablo que se acercaba a su fin y terminó con la restitución de su libertad.

* 29. *Padecer* por la causa de Cristo es una gracia, puesto que al mismo tiempo se nos da el mérito de la prueba y la capacidad para soportarla. Cf. Mateo 5, 10-12; Hechos de los Apóstoles 5, 41.

Capítulo 2

La imitación de Cristo

¹Si tenéis, pues, (*para mí*) alguna consolación en Cristo, algún consuelo de caridad, alguna comunicación de Espíritu, alguna ternura y misericordia, ²poned el colmo a mi gozo, siendo de un mismo sentir, teniendo un mismo amor, un mismo espíritu, un mismo pensamiento. ³No hagáis nada por emulación ni por vanagloria, sino con humilde corazón, considerando los unos a los otros como superiores, ⁴no mirando cada uno por su propia ventaja, sino por la de los demás.

⁵Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús; ⁶el cual, siendo su naturaleza la de Dios, no miró como botín el ser igual a Dios, ⁷sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo,

* 1. s. Este capítulo, que nos presenta el Sumo Ejemplo que hemos de imitar en nuestra conducta, empieza, como vemos, con la más florida efusión de un corazón apostólico.

* 3. La conducta propia de la *caridad fraterna*, que el Apóstol jamás deja de inculcar a los nuevos cristianos, es a los ojos de los paganos la mejor recomendación de la fe. Cf. Romanos 12, 10; Gálatas 5, 26. Así lo había anunciado el Señor en Juan 13, 35 y 17, 21.

* 7 s. San Pablo nos descubre aquí la inmensa, la infinita paradoja de la humillación de Jesús, en la cual reside todo su misterio íntimo, que es de amorosa adoración a su Padre, a quien no quiso disputar ni una gota de gloria entre los hombres, como habría hecho si hubiera retenido ávidamente, como una rapiña o un botín que debiera explotar a su favor, la divinidad que el Padre comunicara a su Persona al engendrarle eternamente igual a Él. Por eso, sin perjuicio de dejar perfectamente establecida esa divinidad y esa igualdad con el Padre (Juan 3, 13; 5, 18-23; 6, 27, 33, 40, 46, 51 y 57; 7, 29; 8, 23, 38, 42, 64 y 58; 10, 30; 12, 45; 14, 9-11, etc.), para lo cual el Padre mismo se encarga de darle testimonio de muchas maneras (Mateo 3, 17; 5, 17; Juan 1, 33; 3, 35; 5, 31-37; 8, 18 y 29; 11, 46 s.; 12, 28 ss.; Lucas 22, 42 ss. etc.), Jesús renuncia, en su aspecto exterior, a la igualdad con Dios, y abandona todas sus prerrogativas para no ser más que el Enviado que sólo repite las palabras que el Padre le ha dicho y las obras que le ha mandado hacer (Juan 3, 34; 4, 26 y 34; 5, 19 y 30; 6, 38; 7, 16 y 28; 8, 26, 28 y 40; 12, 44 y 49; 15, 15; 17, 4, etc.). Y, lejos de ser “un mayordomo que se hace alabar so pretexto que redundará la gloria en favor del amo”, Él nos enseña precisamente que “quien habla por su propia cuenta, busca, su propia gloria, pero quien busca la gloria del que lo envió, ése es veraz y no hay en él injusticia” (Juan 7, 18). Y así Jesús es, tal como lo anunció Isaías, *el Siervo de Yahvé*, a quien alaba y adora postrado en tierra (Mateo 26, 39; Lucas 6, 12; 10, 21; 22, 42-44) y a quien llama su Dios (Juan 20, 17, etc.), declarándolo “más grande” que Él (Juan 14, 28 y nota); a quien sigue rogando por nosotros (Hebreos 5, 7; 7, 25; 10, 12), y a quien se someterá eternamente (I Corintios 15, 28), después de haberle entregado el reino conquistado para Él (I Corintios 15, 24). Pero hay más aún, Jesús no sólo es el siervo de su Padre, que vive como un simple israelita sometido a la Ley (Romanos 15, 8) y pasando por hijo del carpintero (Marcos 6, 3), sino que, desprovisto de toda pompa de su Sumo Sacerdocio, no tiene donde reclinar su cabeza (Lucas 9, 57 s.) y declara que es el sirviente nuestro (Lucas 22, 27) y que lo será también cuando venga a recompensar a sus servidores (Lucas 12, 37). ¿Qué deducir ante tales abismos de humillación divina? Un horror instintivo a la alabanza (Juan 5, 44 y nota), que es la característica del Anticristo (Juan 5, 43; II Tesalonicenses 2, 4; Apocalipsis 4 y 7 ss.). Porque Jesús dijo que sus discípulos no éramos más que Él (Mateo 10, 24 ss.) y que, por lo tanto, también entre nosotros, el primero debe ser el sirviente de los demás (Mateo 23, 11; 20, 26 ss., etc.). Fácil es así explicarse por qué Pablo enseña que los apóstoles están puestos como basura

hecho semejante a los hombres.

Y hallándose en la condición de hombre

⁸se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de Cruz.

⁹*Por eso Dios le sobre ensalzó
y le dio el nombre

que es sobre todo nombre,

¹⁰para que toda *rodilla*
en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra
se doble en el nombre de Jesús,

¹¹* *y toda lengua confiese*
que Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.*

del mundo (I Corintios 4, 13), y por qué conservando él su trabajo manual de tejedor, lejos de todos los poderosos del mundo, ajeno a sus cuestiones temporales y perseguido de ellos por su predicación de este misterio de Cristo, puede decir a sus oyentes lo que pocos podríamos decir hoy: "Sed imitadores míos como yo soy de Cristo" (I Corintios 4, 16 y 11, 1). Ante estos datos que Dios nos muestra en la divina Escritura, quedamos debidamente habilitados para descubrir a los falsos profetas que son lobos con piel de oveja (Mateo 7, 15), y de los cuales debemos guardarnos, porque así lo dice Jesús, y a quienes Él caracteriza diciendo: "Guardaos de los escribas que se complacen en andar con largos vestidos, en ser saludados en las plazas públicas, en ocupar los primeros sitios en la sinagoga y los primeros puestos en los convites" (Marcos 12, 38-39). Cf. III Juan 9.

* 9. San Pablo emplea la expresión *nombre* en el sentido antiguo. Entre los judíos y también entre los paganos, el nombre de Dios participaba del carácter sagrado de la divinidad y era considerado como una representación de la misma.

* 11. *Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*: Este pasaje, que forma el Introito en la misa del Miércoles Santo, tal como se presenta en la Vulgata ("Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre") "parecería afirmar, como una gran cosa, que Jesús salvó su Alma y participa de la gloria". Por desgracia muchos tienen esa idea de que la divina Escritura está llena de cosas aburridas a fuerza de resabidas, y toman v. g. las parábolas del Evangelio como cuentitos para niños, sin sospechar el abismo de profundidad y grandeza, de belleza y consuelo que ha puesto en ellos el divino genio de Cristo, o sea (para hablar menos humanamente y más exactamente), el Espíritu Santo. El original griego expresa el sublime misterio del amor del Padre a su Hijo, que hace que el Padre se sienta glorificado en que confesemos como Señor a Cristo, "por quien, y con quien y en quien" recibe el Padre todo honor y gloria, como se proclama en el Canon de la Misa.

* *Catequesis del Papa San Juan Pablo II. Filipenses 2, 6-11*
Cristo, Siervo de Dios, en su misterio pascual
Primeras vísperas del domingo de la semana I

1. La Liturgia de las Vísperas comprende, además de los Salmos, algunos cánticos bíblicos. El que se acaba de proclamar es sin duda uno de los más significativos y de los de mayor densidad teológica. Se trata de un himno engarzado en el capítulo segundo de la Carta de san Pablo a los cristianos de Filipos, la ciudad griega que se convirtió en la primera etapa del anuncio misionero del apóstol en Europa. El Cántico es considerado como una expresión de la liturgia cristiana de los orígenes y para nuestra generación es motivo de alegría el poder asociarse, después de dos milenios, a la oración de la Iglesia apostólica.

El Cántico presenta una doble trayectoria vertical, un movimiento que en un primer momento desciende y que después asciende. Por un lado, se da el descenso humillante del Hijo de Dios cuando, en la Encarnación, se hace hombre por amor a los hombres. Cae en la «kenosis», es decir,

en el «despojo» de su gloria divina, que le lleva hasta la muerte en la cruz, el suplicio de los esclavos que ha hecho de él el último de los hombres, auténtico hermano de la humanidad sufriente, pecadora y repudiada.

2. Por otro lado, se presenta la ascensión triunfal que tiene lugar en Pascua, cuando Cristo es restablecido por el Padre en el esplendor de la divinidad y es ensalzado como Señor por todo el cosmos y por todos los hombres ya redimidos. Nos encontramos ante una grandiosa relectura del misterio de Cristo, sobre todo del misterio pascual. San Pablo, además de proclamar la resurrección (Cf. 1 Corintios 15, 3-5), recurre también a la definición de la Pascua de Cristo como «exaltación», «ensalzamiento», «glorificación».

Por tanto, desde el horizonte luminoso de la trascendencia divina el Hijo de Dios ha superado la infinita distancia que separa al Creador de la criatura. No se apegó a «su categoría de Dios», que le compete por naturaleza y no por usurpación: no quiso conservar celosamente esta prerrogativa como un tesoro ni utilizarla para su ventaja. Es más, Cristo se «vacío», se «humilló» a sí mismo y se presentó como pobre, débil, destinado a la muerte infamante de la crucifixión. Precisamente de esta humillación máxima parte el gran movimiento ascensional descrito en la segunda parte del himno de san Pablo (Cf. Filipenses 2, 9-11).

3. Ahora Dios «levanta» a su hijo, concediéndole un «nombre» glorioso que, en el lenguaje bíblico, hace referencia a la misma persona y a su dignidad. Este «nombre» es «Kyrios», «Señor», el nombre sagrado del Dios bíblico, aplicado ahora a Cristo resucitado. Pone en actitud de adoración al universo, descrito según la división de cielo, tierra, y abismo.

El Cristo glorioso aparece en el final del himno como el «Pantokrator», es decir, el Señor omnipotente que destaca triunfalmente en los ábsides de las basílicas paleocristianas y bizantinas. Lleva todavía los signos de la pasión, es decir, de su verdadera humanidad, pero se presenta ahora en el esplendor de la divinidad. Cristo, que está cerca de nosotros en el sufrimiento y en la muerte, nos atrae ahora hacia sí en la gloria, bendiciéndonos y haciéndonos partícipes de su eternidad.

4. Concluimos nuestra reflexión sobre el himno de san Pablo con las palabras de san Ambrosio, que retoma con frecuencia la imagen de Cristo que «se despojó de su rango», humillándose --como aniquilándose («exinanivit semetipsum») -- en la encarnación y en la entrega de sí mismo sobre la cruz.

En particular, en el Comentario al Salmo 118 el obispo de Milán dice así: «Cristo, clavado en el árbol de la cruz..., fue atravesado por la lanza y salió sangre y agua, más dulce que todo unguento, víctima grata a Dios, expandiendo por todo el mundo el perfume de la santificación. De hecho, al hacerse hombre siendo Verbo, se impuso límites; a pesar de que era rico, se hizo pobre para enriquecernos con su miseria (Cf. 2Corintios 8, 9); era poderoso y se presentó como un miserable, hasta el punto de que Herodes lo despreciaba y se reía de él; era capaz de hacer temblar la tierra y sin embargo permanecía clavado a aquel árbol; era capaz de cubrir el cielo con las tinieblas, de crucificar al mundo, y sin embargo fue crucificado; su cabeza desfallecía y sin embargo en ese momento se manifestaba el Verbo; había sido anulado, y lo llenaba todo. Dios descendió y elevó al hombre; el Verbo se hizo carne para que la carne pudiera reivindicar para sí el trono del Verbo a la diestra de Dios; se había convertido en una herida, y sin embargo manaba de él unguento; parecía innoble y sin embargo era Dios» (III, 8, Saemo IX, Milano-Roma 1987, pp. 131.133).

Catequesis del Papa Benedicto XVI. Filipenses 2, 6-11

Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Primeras Vísperas del domingo de la semana III

1. En toda celebración dominical de las Vísperas, la liturgia nos propone el breve pero denso himno cristológico de la Carta a los Filipenses (Cf. 2, 6-11). Es el himno, recién escuchado, que consideramos en su primera parte (Cf. versículos 6-8), en la que se delinea el paradójico «despojo» del Verbo divino, que deja la gloria divina y asume la condición humana.

Cristo, encarnado y humillado en la muerte más infame, la de la crucifixión, es propuesto como un modelo de vida para el cristiano. Éste, como se afirma en el contexto, debe tener «los mismos

sentimientos que Cristo» (versículo 5), sentimientos de humildad, de entrega, de desapego y de generosidad.

2. Ciertamente él posee la naturaleza divina con todas sus prerrogativas. Pero esta realidad trascendente no la interpreta o vive en clave de poder, de grandeza, de dominio. Cristo no utiliza su ser igual a Dios, su dignidad gloriosa y su potencia como instrumento de triunfo, signo de distancia, expresión de aplastante supremacía (Cf. versículo 6). Por el contrario, se «despojó», se vació a sí mismo, sumergiéndose sin reservas en la mísera y débil condición humana. La «forma» («morphé») divina se esconde en Cristo bajo la «forma» («morphé») humana, es decir, bajo nuestra realidad marcada por el sufrimiento, la pobreza, la limitación y la muerte (Cf. versículo 7).

No se trata, por tanto, de un simple revestimiento, de una apariencia que cambia, como se creía que sucedía con las divinidades de la cultura grecorromana: es la realidad divina de Cristo en una experiencia auténticamente humana. Dios no se presenta sólo como hombre, sino que se hace hombre y se convierte realmente en uno de nosotros, se convierte realmente en «Dios-con-nosotros», no se contenta con mirarnos con una mirada benigna desde el trono de su gloria, sino que entra personalmente en la historia humana, convirtiéndose en «carne», es decir, en realidad frágil, condicionada por el tiempo y el espacio (Cf. Juan 1, 14).

3. El hecho de compartir verdadera y radicalmente la condición humana, a excepción del pecado (Cf. Hebreos 4,15), lleva a Jesús a esa frontera que es el signo de nuestra finitud y caducidad, la muerte. Ahora bien, no tiene lugar como fruto de un mecanismo oscuro o de una ciega fatalidad: nace de su libre elección de obediencia al designio de salvación del Padre (Cf. Filipenses 2, 8).

El apóstol añade que la muerte que afronta Jesús es la de la cruz, es decir, la más degradante, queriendo de este modo ser realmente hermano de todo hombre y mujer, incluso de aquellos que son obligados a un final atroz e ignominioso.

Pero precisamente en la pasión y muerte, Cristo testimonia su adhesión libre y consciente a la voluntad del Padre, como se lee en la Carta a los Hebreos: «aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia» (Hebreos 5, 8).

Detengamos aquí nuestra reflexión sobre la primera parte del himno cristológico, concentrado en la encarnación y en la pasión redentora. Tendremos la ocasión más adelante de profundizar en el itinerario sucesivo, el pascual, que lleva de la cruz a la gloria. El elemento fundamental de esta primera parte del himno me parece ser la invitación a penetrar en los sentimientos de Jesús. Penetrar en los sentimientos de Jesús quiere decir no considerar el poder, la riqueza, el prestigio como los valores supremos de nuestra vida, pues en el fondo no responden a la sed más profunda de nuestro espíritu, sino abrir nuestro corazón al Otro, llevar con el Otro el peso de nuestra vida y abrirnos al Padre de los Cielos con sentido de obediencia y confianza, sabiendo que precisamente, si somos obedientes al Padre, seremos libres. Penetrar en los sentimientos de Jesús: éste debería ser el ejercicio cotidiano de la vida como cristianos.

4. Concluamos nuestra reflexión como un gran testigo de la tradición oriental, Teodoreto, obispo de Ciro, en Siria, en el siglo V: «La encarnación de nuestro Salvador representa el cumplimiento más elevado de la solicitud divina por los hombres. De hecho, ni el cielo, ni la tierra, ni el mar, ni el aire, ni el sol, ni la luna, ni los astros, ni todo el universo visible e invisible, creado únicamente con su palabra o más bien traído a la luz por su palabra, según su voluntad, indican su inconmensurable bondad como el hecho de que el Hijo unigénito de Dios, el que subsistía en la naturaleza de Dios (Cf. Filipenses 2, 6), resplandeciendo de su gloria, impronta de su sustancia (Cf. Hebreos 1, 3), que existía en el principio, que estaba con Dios y que era Dios, por el que todo se hizo (Cf. Juan 1, 1-3), tras haber asumido la naturaleza de siervo, apareció en forma de hombre, por su figura humana fue considerado como un hombre, se le vio en la tierra, mantuvo relación con los hombres, cargó con nuestros padecimientos y enfermedades» («Discursos sobre la providencia divina» --«Discorsi sulla provvidenza divina», 10: «Collana di testi patristici», LXXV, Roma 1988, pp. 250-251).

Teodoreto de Ciro continúa su reflexión subrayando precisamente la íntima relación subrayada por el himno de la Carta a los Filipenses entre la encarnación de Jesús y la redención de los hombres. «El Creador con sabiduría y justicia actuó por nuestra salvación. Dado que no quiso servirse sólo de

su potencia para ofrecernos el don de la libertad, ni utilizar sólo la misericordia contra quien ha sometido al género humano, para que éste no acusara a la misericordia de injusticia, concibió un camino lleno de amor para los hombres y al mismo tiempo de justicia. De hecho, después de haber asumido la naturaleza vencida del hombre, la lleva a la lucha y la dispone a reparar la derrota, a dispersar a aquel que anteriormente había logrado la victoria, a liberarse de la tiranía de quien había impuesto la esclavitud y a recuperar la primitiva libertad» (ibidem, páginas 251-252)

Catequesis del Papa Benedicto XVI. Filipenses 2, 6-11

Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Primeras Vísperas del domingo de la semana IV

1. Una vez más, siguiendo el recorrido propuesto por la Liturgia de las Vísperas con varios salmos y cánticos, hemos escuchado el admirable y esencial himno engarzado por san Pablo en la Carta a los Filipenses (2, 6-11).

En el pasado, ya subrayamos que el texto comprende un doble movimiento: de descenso y de ascenso. En el primero, Jesucristo, desde el esplendor de la divinidad que le pertenece por naturaleza, decide descender hasta humillarse en la «muerte de cruz». Así se manifiesta también como verdadero hombre y redentor nuestro, participando de manera auténtica y plena en nuestra realidad de dolor y muerte.

2. El segundo movimiento, el ascensional, revela la gloria pascual de Cristo que, después de la muerte, se manifiesta nuevamente en el esplendor de su majestad divina.

El Padre, que había acogido el acto de obediencia del Hijo en la Encarnación y en la Pasión, ahora le «exalta» sobre todo, como dice el texto griego. Esta exaltación se expresa no sólo a través de la entronización a la derecha de Dios, sino también confiriéndole a Cristo un «Nombre-sobre-todo-nombre» (versículo 9).

Ahora bien, en el lenguaje bíblico el «nombre» indica la auténtica esencia y la función específica de una persona, manifiesta su realidad íntima y profunda. Al Hijo, que por amor se humilló en la muerte, el Padre le confiere una dignidad incomparable, el «Nombre» más excelso, el de «Señor», propio del mismo Dios.

3. De hecho, la proclamación de fe, entonada conjuntamente desde el cielo, la tierra y los abismos postrados en adoración, es clara y explícita: «Jesucristo es Señor» (versículo 11). En griego se afirma que Jesús es «Kyrios», un título ciertamente regio, que en la traducción griega de la Biblia hacía referencia al nombre de Dios revelado a Moisés, nombre sagrado e impronunciable.

Por un lado aparece el reconocimiento del señorío universal de Jesucristo, que recibe el homenaje de toda la creación, concebida como un súbdito postrado a sus pies. Por otro lado, la proclamación de fe reconoce a Cristo su forma y condición divina por lo cual es digno de adoración.

4. En este himno, la referencia al escándalo de la cruz (Cf. 1 Corintios 1, 23) se entrecruza y culmina con el acontecimiento de la resurrección. A la obediencia del sacrificio del Hijo responde la acción glorificadora del Padre, a la que se une la adoración de la humanidad y de la creación. El carácter singular de Cristo surge de su función de Señor del mundo redimido, que le ha sido conferida con motivo de su obediencia perfecta «hasta la muerte». El proyecto de salvación se cumple plenamente en el Hijo y los creyentes están invitados, sobre todo en la liturgia, a proclamarlo y a vivir sus frutos.

Esta es la meta a la que lleva el himno cristológico que la Iglesia medita, canta y considera como guía de vida desde hace siglos: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Filipenses 2, 5).

5. Encomendémonos ahora a la meditación que san Gregorio Nacianceno compuso sabiamente sobre nuestro himno. En un canto en honor de Cristo, el gran doctor de la Iglesia del siglo IV declara que Jesucristo «no se despojó de ninguno de los aspectos constitutivos de su naturaleza divina, y a pesar de ello me salvó como un médico que se inclina sobre las heridas fétidas... Era de la estirpe de David, pero fue el creador de Adán. Era de carne, pero también era ajeno al cuerpo. Fue engendrado por una madre, pero por una madre virgen; era limitado pero también inmenso. Y fue recostado en un pesebre, pero una estrella guio a los Magos, que llegaron trayéndole dones

Es Dios quien da el querer y el obrar

¹²*Así amados míos, de la misma manera como siempre obedecisteis, obrad vuestra salud con temor y temblor, no sólo como cuando estaba yo presente, sino mucho más ahora en mi ausencia; ¹³*porque Dios es el que, por su benevolencia, obra en vosotros tanto el querer como el hacer. ¹⁴Haced todas las cosas sin murmuraciones ni disputas, ¹⁵para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una generación torcida y perversa, entre los cuales resplandecéis como antorchas en el mundo, ¹⁶al presentarles la palabra de vida, a fin de que pueda yo gloriarme para el día de Cristo de no haber corrido en vano ni haberme en vano afanado. ¹⁷*Y aun cuando se derrame mi sangre como libación sobre el sacrificio y culto de vuestra fe, me gozo y me congratulo con todos vosotros. ¹⁸Gozaos asimismo vosotros y congratulaos conmigo.

Pablo recomienda a dos compañeros

¹⁹Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también tenga buen ánimo al saber de vosotros. ²⁰*Pues a ninguno tengo tan concorde conmigo, que se interese por vosotros tan sinceramente, ²¹porque todos buscan lo de ellos mismos, no lo que es de Cristo Jesús. ²²Vosotros conocéis la prueba que ha dado, como que, cual hijo al lado de su padre, ha servido conmigo para

y ante él doblaron la rodilla. Como un mortal luchó contra el demonio, pero, invencible, venció al tentador con un triple combate... Fue víctima, pero también sumo sacerdote; fue sacrificador, y sin embargo era Dios. Ofreció a Dios su sangre y de este modo purificó a todo el mundo. Una cruz le alzó de la tierra, pero el pecado fue traspasado con clavos... Descendió a donde estaban los muertos, pero resurgió del infierno y resucitó a muchos que estaban muertos. El primer acontecimiento es precisamente el de la miseria humana, pero el segundo muestra la riqueza del ser incorporeal... Esa forma terrena la asumió el Hijo inmortal, pues te ama» («Carmina arcana», 2: Collana di Testi Patristici, LVIII, Roma 1986, pp. 236-238).

* 12. *Con temor y temblor*, o sea con total desconfianza de nosotros mismos, como se ve en el versículo 13. Cf. I Juan 4, 18 y nota.

* 13. *¡El querer y el hacer!* He aquí lo suficiente para que nadie pueda nunca atribuirse ningún mérito a sí mismo; y también para que nadie se desanime, puesto que aun la voluntad que nos falta puede sernos dada por la bondad de nuestro divino Padre. Es lo que expresa la oración del Domingo XII después de Pentecostés: "Dios misericordioso, de cuyo don viene el que tus fieles puedan servirte digna y provechosamente". San Bernardo circunscribe la cooperación humana a la siguiente fórmula: Dios obra en nosotros el pensar, el querer y el obrar. Lo primero sin nosotros. Lo segundo con nosotros. Lo tercero por medio de nosotros. Cf. Concilio Tridentino Sesión 6, capítulo 5.

* 17. San Pablo, a ejemplo de Jesús, no solamente se desvive por sus hermanos, sino también está dispuesto a dar la vida (Juan 10, 11; II Corintios 12, 15; I Juan 3, 16), no ya como víctima de redención, pues ya está pago el precio, sino como testimonio de Cristo y si es necesario en pro de la fe de ellos. Véase versículo 30.

* 20. Insuperable elogio que contrasta con el tremendo versículo siguiente, propio de todos los tiempos.

propagación del Evangelio. ²³*A este espero enviar tan pronto como vea yo la marcha de mis asuntos. ²⁴Y aun confío en el Señor que yo mismo podré ir en breve.

²⁵Entretanto he juzgado necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de armas, vuestro mensajero y ministro en mis necesidades; ²⁶pues añoraba a todos vosotros, y estaba desconsolado por cuanto habíais oído de su enfermedad. ²⁷Estuvo realmente enfermo y a punto de morir, pero Dios tuvo misericordia de él, y no tan sólo de él, sino también de mí, para que no tuviese yo tristeza sobre tristeza. ²⁸Lo envió por eso con mayor premura para que, al verle de nuevo, os alegréis y yo me quede sin más pena. ²⁹Acogedle en el Señor con todo gozo, y tened en estima a los que son como él, ³⁰*puesto que por la obra de Cristo llegó hasta la muerte, poniendo en peligro su vida, para suplir lo que faltaba de vuestra parte en mi ministerio.

Capítulo 3

La gran ambición de San Pablo

¹Por lo demás, hermanos, alegraos en el Señor. No me pesa escribiros las mismas cosas, y para vosotros es de provecho; ²*guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutilados. ³*Porque la circuncisión somos nosotros los que adoramos a Dios en espíritu y ponemos nuestro orgullo en Cristo Jesús, sin poner nuestra confianza en la carne, ⁴aunque yo tendría motivos para confiar aún en la carne. Si hay alguien que cree que puede confiar en la carne, más lo puedo yo: ⁵circuncidado al octavo día, del

* 23 s. El Apóstol espera ser puesto en libertad, lo que se había de cumplir muy pronto.

* 30. *Ministerio*: literalmente *liturgia*. Las obras de caridad hacia los amigos de Cristo ¿no son acaso un ministerio sagrado que se hace a Él mismo?

* 2. Previene a los Filipenses, como lo había hecho muchas veces (cf. versículo 18) contra los *judaizantes*, los que, como perros, ladran por todas partes y muerden cobardemente. *Mutilados* llama respectivamente (cf. Levítico 21, 5; III Reyes 18, 28; Isaías 15, 2) a los falsos doctores porque tenían sólo la circuncisión de la carne y no la del corazón. Véase Gálatas 5, 6 y 11.

* 3 ss. *En espíritu*: San Pablo aplica aquí —en oposición a los versículos 2 y 18 s.— la revelación fundamental de Jesús a la samaritana (Juan 4, 23) que nos servirá como piedra de toque para distinguir entre unos y otros. El resto del pasaje contiene una importante enseñanza para la cual vemos que la confianza en Dios está en razón directa de la desconfianza en la carne, esto es, en nosotros mismos y en nuestros recursos. “Si un niño camina en una calle oscura, de la mano de su robusto padre, y confía en la fuerza y en el amor de éste para defenderlo contra cualquiera, todo su empeño estará en no soltarse de la mano del padre y en seguir sus pasos, sin ocurrírsele la idea de llevar él también un pequeño bastón para su defensa.” Y si lo hiciera, demostraría que vacila su confianza en el padre y lo disgustaría gravemente con ello y con su presunción de valiente al empuñar ese objeto ridículo e ineficaz. Toda la Escritura y principalmente los Salmos (por ej. el 32) están llenos de textos que nos muestran que así piensa Dios, como ese padre. No se trata ciertamente de no hacer nada, sino al contrario de hacer lo que aquí enseña el gran Apóstol en su empeñosa carrera por seguir de la mano del Padre celestial, las huellas que Él nos señala con el ejemplo de su Hijo, diciéndole lo mismo que Jesús: “no como yo quiero sino como Tú”.

linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; ⁶en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; e irreprochable en cuanto a la justicia de la Ley.

⁷*Pero estas cosas que a mis ojos eran ganancia, las he tenido por daño a causa de Cristo. ⁸Más aún, todo lo tengo por daño a causa de la pre excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Él lo perdí todo; y todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo ⁹*y en Él hallarme —no teniendo justicia mía, la de la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios fundada sobre la fe ¹⁰*de conocerlo a Él y la virtud de su Resurrección

* 7. He aquí el “amor de preferencia”. La expectativa de una espléndida carrera lo alejaba de penetrar a fondo en lo más apetecible: el misterio de amor que hay en Cristo. Entonces nada le costó despreciar lo que ofrece el mundo (Cantar de los Cantares 8, 7).

* 9. *No justicia mía*: Concepto fundamental que, expresado ya en Romanos 10, 3 (cf. Romanos 3, 20-26), muestra que ser bueno según Dios, es decir, en el orden sobrenatural, no es serlo según nos parece a nosotros (cf. Isaías 1, 11; 66, 3 y notas). En efecto, el hombre busca en su amor propio la satisfacción de darse a sí mismo un bill de aprobación y poder decir: soy bueno, como el fariseo del templo (Lucas 18, 11 ss.). Pero Dios enseña que nadie puede ser justo delante de Él (Salmo 142, 2 y nota), y bien se entiende esto, pues de lo contrario nada tendría que hacer el Redentor. Es una gran lección de fe que distingue fundamentalmente al cristiano del estoico. Este lo espera todo de su esfuerzo; aquél acepta a Cristo como su Salvador (Romanos 3, 20; 10, 3; Gálatas 3, 1 ss.). La Biblia no enseña a poseer virtudes propias, como quien llevase en su automóvil un depósito de nafta que se acaba pronto. Ella nos enseña a conectar directamente el motor de nuestro corazón con el “surtidor” que es el Corazón de Cristo (Juan 15, 1 ss.), el cual nos da de lo suyo (Juan 1, 16), en porción tanto mayor cuanto más vacíos y necesitados nos encuentra, porque no vino para justos sino para pecadores (Mateo 9, 10-13). Tal nos enseña la Virgen cuando dice que el Padre “llenó de bienes a los hambrientos y dejó a los ricos sin nada” (Lucas 1, 53). No queremos poseer virtudes, como si fuésemos dueños de ellas, porque el día que creyéramos haberlo conseguido, las pregonaríamos como el fariseo (Lucas 18, 9 ss.). Jesús quiere, que nuestra propia izquierda no sepa el bien que hacemos, como los niños, que son tanto más encantadores cuanto menos saben que lo son. Vivamos unidos a Él por la fe y el amor, y de allí surgirán entonces obras buenas de todas clases, pero no como conquistas nuestras, “para que no se gloríe ninguna carne delante de Él” (II Corintios 1, 29). Bien vemos en esto que la Sagrada Escritura no enseña a ser capitalista, poseedor de virtudes, sino a ser eterno mendigo, pues en esto se complace Dios cuando ve “la nada de su sierva”, como María (Lucas 1, 48). Por eso la Biblia suele tener tan poca acogida, porque no nos ofrece cosas como “la satisfacción del deber cumplido” ni esas otras fórmulas con que el mundo alienta nuestro orgullo so capa de virtud. Véase versículo 10; I Corintios 10, 12 y notas.

* 10. *Conformado a la muerte Suya*: La espiritualidad cristiana no busca la aniquilación de la vida sino la participación en la muerte de Cristo, que es una vida sobrenatural. Véase la doctrina del Bautismo en Romanos 6, 3-5; Colosenses 2, 12 y notas. “Nuestro trato con Dios es una sociedad en que el hombre pone lo malo y Él pone lo bueno. Pero, como se trata de explotar un Producto que limpia (la Sangre de Cristo), apenas entramos a ocuparnos de él sentimos que él nos ha limpiado y sigue limpiándonos constantemente. Y el Capitalista se siente feliz en su bondad, pues ¿de qué le serviría tener ese producto si nadie lo aprovechara? Él no quiere ganar nada en cambio, ni lo necesita. Sólo quiere acreditar y difundir el Producto, por amor a su Hijo admirable, a quien este Producto le costó la vida. Cf. 1, 29; 3, 9 y notas.

y la participación de sus padecimientos— conformado a la muerte Suya, ^{11*}por si puedo alcanzar la resurrección, la que es de entre los muertos.

Maravillas de nuestra esperanza

^{12*}No es que lo haya conseguido ya, o que ya esté yo perfecto, antes bien sigo por si logro asir aquello para lo cual Cristo Jesús me ha asido a mí. ¹³No creo, hermanos, haberlo asido; mas hago una sola cosa: olvidando lo que dejé atrás y lanzándome a lo de adelante, ^{14*}corro derecho a la meta, hacia el trofeo de la vocación superior de Dios en Cristo Jesús. ¹⁵Todos los que estamos maduros tengamos este sentir; y si en algo pensáis de diferente manera, también sobre eso os ilustrará Dios. ¹⁶Mas, en lo que hayamos ya alcanzado, sigamos adelante [en un mismo sentir].

^{17*}Sed conmigo imitadores, hermanos, observad bien a los que se comportan según el ejemplo que tenéis en nosotros. ^{18*}Porque muchos de los que andan son —como a menudo os lo he dicho y ahora lo repito con lágrimas— enemigos de la cruz de Cristo, ¹⁹cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre y cuya gloria es su vergüenza, teniendo el pensamiento puesto en lo terreno. ^{20*}En cambio la ciudadanía nuestra es en los cielos, de donde también, como

* 11. *Resurrección de entre los muertos*: Cf. versículo 21; Juan 6, 55; 11, 25; Hechos de los Apóstoles 4, 2; I Corintios 15, 23 y 52; Lucas 14, 14; 20, 35; Apocalipsis 20, 4 ss., etc. Véase la nota en Juan 6, 39.

* 12 s. El hombre, mientras está en vida, jamás es perfecto. La inquietud hacia Dios nunca le deja descansar sobre lo que ha alcanzado. “Nuestro corazón está inquieto hasta que no repose en Ti” (San Agustín). *Aquello para lo cual*, etc. El Apóstol alude aquí al fin que se propone en el versículo 11. Para eso lo convirtió Jesús dándole pruebas de extraordinaria predilección. Aprendamos que para eso hay que olvidar lo que dejamos atrás, tanto nuestros afectos mundanos (versículo 7 s.) cuanto nuestro pretendido capital de méritos (Mateo 20, 8 ss.; Lucas 17, 10), y también nuestros pecados (Lucas 7, 47 y nota).

* 14. *Corro derecho*: La vida cristiana es esencialmente progreso hacia la unión con Dios. Si no, es muerte. “Sí tú dices: basta, ya estás muerto” (San Agustín). Véase I Corintios 9, 24; II Timoteo 4, 7. *Vocación superior*: Fillion hace notar que el Apóstol usa aquí una “locución extraordinaria”, que otros traducen por *superna*, *altísima*, *suprema*, etc., porque es la más alta de cuantas pueden darse, ya que nos identifica con Cristo (versículo 21; Efesios 1, 5 y nota). *Os ilustrará Dios*: El Maestro que Dios nos envió para, ello es Jesucristo, y Él “no nos extravía porque es el Camino; no nos engaña porque es la Verdad” (San Hilario). De ahí que Pablo promete así la plenitud del progreso espiritual a los que sean fieles a la luz (gran consuelo para las almas pequeñas), enseñando de paso (versículo 16) que no rechazemos a los que aún no han llegado.

* 17. *Sed conmigo imitadores*: es decir, imitadores de Cristo, como lo soy yo. Cf. 2, 7 y nota; Efesios 5, 1.

* 18 s. *Son muchos*, y el Apóstol habla de ellos *a menudo* (cf. versículo 1). Es que, aunque el tema sea triste y negativo, no puede prescindirse de él por el interés de las almas que serían engañadas (Mat, 7, 15; Juan 2, 24 y notas).

* 20 s. *La ciudadanía nuestra*: Nuestra patria o morada (Vulgata *conversación*) donde habitamos espiritualmente. Véase Efesios 2, 6; Colosenses 3, 1 s.; Hebreos 12, 22; 13, 14. *Como Salvador*: cf. Lucas 21, 28; Romanos 8, 23. Aquí se nos llama la atención sobre la maravillosa gloria de esta Resurrección que nos traerá Jesús, mostrándonos que la plenitud de nuestro destino eterno no se realiza con el premio que el alma recibe en la hora de la muerte (Apocalipsis 6, 9ss.; I Corintios 15,

Salvador, estamos aguardando al Señor Jesucristo; ²el cual vendrá a transformar el cuerpo de la humillación nuestra conforme al cuerpo de la gloria Suya, en virtud del poder de Aquel que es capaz para someterle a Él mismo todas las cosas.

Capítulo 4

Paz y alegría espiritual

¹Por tanto, hermanos míos, amados y muy deseados, gozo mío y corona mía, manteneos así en el Señor: amados.

²Ruego a Evodia, y ruego a Síntique, que tengan el mismo sentir en el Señor. ³Y a ti también te ruego, noble compañero, que ayudes a éstas que lucharon por el Evangelio conmigo y con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

⁴Alegraos en el Señor siempre; otra vez lo diré: Alegraos. ⁵Sea de todos conocida vuestra sencillez. El Señor está cerca. ⁶No os inquietéis por cosa

25 ss. y 51; II Corintios capítulo 5; I Tesalonicenses 4, 13 ss.; Colosenses 3, 4). *Estamos aguardando al Señor*: Es la inscripción que se lee en el frontispicio interior del cementerio del Norte de Buenos Aires, como palabra de dichosa esperanza puesta en boca de los muertos. Cf. Job 19, 25 s. y nota. *Del poder de Aquel*: Así también Buzy y otros, concordando con I Corintios 15, 25; Salmo 109, 1 ss., etc. Otros vierten: “del poder con que es capaz de someterse a Sí mismo todas las copas”.

* 1. El sentido de este versículo parece ser: Puesto que sois tan amados míos, así también manteneos en el Señor como *amados de Él*. Es lo que dice Jesús en Juan 15, 9: *Permaneced en mi amor*, o sea, como amados míos (véase allí la nota). Es mejor ver aquí esa gran lección de doctrina que nos lleva a vivir sabiéndonos muy amados de Jesús y del Padre (espiritualidad bien paulina, como vemos en Efesios 5, 1, donde se habla también de imitación, como aquí en 3, 17), antes que suponer una simple repetición del adjetivo “carísimo” al final. Bien sabemos que San Pablo no obstante su corazón ardiente y lleno de caridad, no era nada inclinado a lo sentimental. La lección consiste, en que, para facilitarnos la imitación de un modelo, sea el mismo Dios, o sea Pablo como fiel discípulo, se nos recuerda que ese modelo nos ama especialmente, pues eso nos inclina a querer ser como él. No otra cosa hace Jesús cuando nos pone por modelo a su Padre “que es bueno con los desagradecidos y malos” (Lucas 6, 35), y cuando se pone Él mismo para que lo imitemos en amar a los hermanos como Él nos amó a nosotros (Juan 13, 34).

* 2. Las dos eran, según la opinión de varios expositores, diaconisas de la Iglesia de Filipos; pero vivían en discordia dando un ejemplo poco edificante. El Apóstol les recuerda la unidad de espíritu que antes predicó en 2, 2.

* 3. *Compañero*: Algunos creen que en el griego esta palabra indica un nombre propio. Clemente es tal vez aquel que más tarde fue Pontífice de la Iglesia de Roma (San Jerónimo).

* 4. San Pablo proclama la gran excelencia de la alegría, la cual en la Vulgata es llamada tesoro inexhausto de santidad (Eclesiástico 30, 23). Más debemos evitar que esa hermosa fuerza de la alegría descienda del espíritu a la carne. ¡Cuántas veces sucede que un banquete para celebrar algo espiritual concluye con la ebriedad que nos bestializa y nos mueve al pecado! Véase I Corintios 11, 17 y nota.

* 5. *El Señor está cerca*, esto es, su segunda venida. Cf. I Corintios 7, 29; Hebreos 10, 37; Santiago 5, 8; Apocalipsis 1, 3; 22, 7 y 10.

* 6. *No os inquietéis*: “Proviene la inquietud de un inmoderado deseo de librarse del mal que se padece o de alcanzar el bien que se espera, y con todo, la inquietud o el desasosiego es lo que

alguna, sino que en todo, vuestras peticiones se den a conocer a Dios mediante la oración y la súplica, acompañadas de acción de gracias. ^{7*}Y entonces la paz de Dios, que sobrepaja todo entendimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

⁸Por lo demás, hermanos, cuantas cosas sean conformes a la verdad, cuantas serias, cuantas justas, cuantas puras, cuantas amables, cuantas de buena conversación, si hay virtud alguna, si alguna alabanza, a tales cosas atended. ⁹Lo que habéis aprendido y aceptado y oído y visto en mí, practicadlo; y el Dios de la paz será con vosotros.

Alegría por la generosidad de los filipenses.

¹⁰Me regocijé grandemente en el Señor de que por fin retoñasteis en vuestros sentimientos hacia mí. A la verdad estabais solícitos, pero no teníais la oportunidad. ¹¹No os lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a estar contento con lo que tengo. ^{12*}Sé vivir en humildad, y sé vivir en abundancia; en todo y por todo estoy avezado a tener hartura y a sufrir hambre, a tener sobra y a tener falta. ^{13*}Todo lo puedo en Aquel que me conforta.

¹⁴Sin embargo, habéis hecho bien en haceros copartícipes de mi estrechez. ^{15*}Bien sabéis también vosotros, oh filipenses, que en los comienzos del Evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna Iglesia abrió conmigo cuentas de dar y recibir, sino vosotros solos. ¹⁶Pues hasta en Tesalónica, más de una vez enviasteis con qué atender mi necesidad. ¹⁷No es que busque yo la dádiva, lo que deseo es que el rédito abunde a cuenta vuestra. ¹⁸Tengo de todo y me sobra. Estoy repleto, después de recibir de Epafrodito las cosas enviadas de vuestra parte, como olor suavísimo, sacrificio acepto, agradable a Dios. ^{19*}El Dios mío atenderá toda necesidad vuestra, conforme a la riqueza suya, con

más empeora el mal y aleja el bien, sucediendo lo que a los pajarillos, que al verse entre redes y lazos, se agitan y baten las alas para salir, con lo cual se enredan cada vez más y quedan presos. Por tanto, cuando quieras librarte de algún mal o alcanzar algún bien, ante todas las cosas tranquiliza tu espíritu y sosiega el entendimiento y la voluntad (San Francisco de Sales). La vida del que espera al Señor en la dichosa esperanza” (Tito 2, 13) excluye, como enseña Jesús, todo apego como el de la mujer de Lot. Cf. Lucas 18, 32.

* 7. *Sobrepaja todo entendimiento*: “Por lo mismo domina las ciegas pasiones y evita las disensiones y discordias que necesariamente brotan del ansia de tener” (Pío XI, Encíclica “Ubi arcano Dei Consilio”).

* 12. Véase II Corintios 6, 10; 11, 27; I Corintios 4, 11.

* 13. “Nada prueba mejor el poder del Verbo, dice San Bernardo, que la fuerza que comunica a los que en Él esperan. El que así está apoyado en el Verbo y revestido de la virtud de lo alto no se deja abatir ni subyugar por fuerza alguna, por ningún fraude ni ningún peligroso atractivo; siempre es vencedor.” Véase II Corintios 12, 10 y nota.

* 15. *Cuentas de dar y recibir*: Con esta expresión, tomada de la vida comercial, San Pablo quiere indicar que los filipenses como deudores suyos le devuelven en bienes materiales lo que le deben espiritualmente por la predicación del Evangelio, y les recuerda con exquisita caridad que ellos son los compañeros de las difíciles horas iniciales (Hechos de los Apóstoles 16, 40). Cf. II Corintios 8, 13 y nota.

* 19. *Conforme a la riqueza suya*: Cf. Salmo 50, 2 s., y nota.

gloria en Cristo Jesús. ²⁰Gloria al Dios y Padre nuestro por los siglos de los siglos. Amén.

²¹Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Os saludan los hermanos que están conmigo. ^{22*}Todos los santos os saludan, especialmente los de la casa del César.

²³La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.

* 22. Como se ve, el cristianismo ha penetrado ya en la casa del César, siendo probablemente servidores, soldados y cortesanos los que recibieron la fe.